

Primera dama

a reinstauración de la figura de la primera dama, anunciada por José Antonio Kast, ha generado inmediatas críticas desde sectores del gobierno saliente y su órbita cultural. Irina Kara manos —expareja del Presidente Boric— reapareció en escena

para cuestionar la medida, aludiendo a una supuesta regresión institucional y a la perpetuación de roles que responderían a una visión conservadora del género.

Más que una reflexión política o un cuestionamiento estructural, estas reacciones revelan un gesto ideológico de profundo alcance: el afán de desmontar los símbolos que articulan nuestra vida social, especialmente aquellos vinculados a la familia, el matrimonio, la diferencia sexual y la trama relacional que sustenta lo político. Se trata, en última instancia, de una expresión más de la lógica deconstructiva que ha marcado a buena parte del progresismo contemporáneo.

Al llegar a La Moneda, Karamanos no asumió el rol tradicional de primera dama. En su lugar, creó una “oficina Irina Karamanos”, sin funciones definidas ni resultados concretos, que terminó desapareciendo sin mayor trascendencia. Más que una innovación institucional, aquel movimiento tuvo un carácter eminentemente simbólico: no pretendía actualizar una función republicana a los tiempos modernos, sino vaciarla de contenido. El propósito era claro: romper con la tradición, interrumpir la continuidad cultural, disolver un papel que encarna mucho más que un mero protocolo.

El rol de la primera dama representa una concepción del ser humano y la vida social basada en la complementariedad entre hombre y mujer, y en el valor de los vínculos estables. Lejos de implicar subordinación o jerarquía injustificada, la presencia pública de la esposa del jefe de Estado significa la dimensión relacional del poder y su arraigo en la vida concreta. Negar esa figura no es progreso, sino empobrecimiento antropológico. Desde esta perspectiva, la crítica no se dirige solo contra una institución específica, sino contra los fundamentos culturales que sostienen nuestra convivencia: la familia tradicional, el matrimonio como vínculo fundante, y los símbolos que expresan permanencia y sentido compartido. Bajo el lenguaje de la inclusión y la fluidez, lo que se promueve es un modelo radicalmente individualista, desvinculado de toda forma estable de pertenencia.

El papel de la primera dama puede, sin duda, ser renovado según las exigencias del presente, pero negarlo de plano implica romper el lazo con nuestras raíces. No se trata de nostalgia, sino de reconocer que una democracia madura necesita símbolos que cohesionen, que representen continuidad y que humanicen lo institucional. Y pocos lo logran como la imagen de una mujer que, sin ejercer poder formal, participa activamente en la vida pública desde la solidez de su compromiso; no como apéndice, sino como presencia relevante y significativa.

Álvaro Pezoa

Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. delos Andes

Opinión

Edición papel digital

¿Qué hacer con las primeras damas?

María de los Ángeles Fernández
Doctora en Ciencia Política



No se necesitaba ser un lince para intuir que la precipitada resolución que eliminaba formalmente la figura de primera dama resultaría un "cierre en falso". Irina Karamanos, para ese entonces pareja presidencial, imbuída de pretensiones refundacionales, no solo tuvo que asistir a que su decisión fuera declarada en tiempo récord como "error administrativo". Vino luego una andanada de críticas que precedió a las muestras de cariño hacia Cecilia Morel durante el funeral del expresidente Piñera. Una señal, quizás, de lo anclada que está la figura en el universo político de los chilenos. Lo concreto es que el rol quedó desancorado del gabinete, sin operar como cargo público.

Bastaba esperar a que se generase la estructura de oportunidades políticas para su restitución. Y ello sucede en un momento en que las tendencias mundiales de auge de la extrema derecha también han recalcado en Chile. De esta forma, María Pía Adriasola, esposa de José Antonio Kast, presidente electo el pasado 14 de diciembre, ha manifestado su decisión de retomar las labores sociales tradicionalmente asociadas al rol de primera dama.

Los derroteros que ha seguido el cargo en tiempos recientes, así como los debates y tensiones que suscita, convierten a Chile en un caso digno de estudio. Tal situación viene a coincidir con el frustrado protagonismo de primeras damas en distintas partes. Desde Begoña Gómez, esposa del presidente español, investigada por supuestos delitos de corrupción hasta una Melania Trump más activa que durante el primer mandato de su esposo; pasando por la francesa Brigitte Macron, que desafía judicialmente a quienes la tildan de transexual y Verónica Alcocer, cuya separación del Presidente de Colombia ha generado un debate acerca de su estatus, por citar algunos ejemplos.

Se suele enfatizar la dimensión simbólica del cargo ya que, a través de él, se pueden reforzar o cambiar estereotipos de género. Sin embargo, la atención que suscita es reveladora de otra cosa: una primera dama "guste o no, forma parte del núcleo estratégico del gobierno", como señaló alguna vez Genaro Arriagada. Como tal condición permite conocer de primera mano los entresijos del poder, no es raro que más de alguna descubra una vocación política dormida. De ahí a aprovechar su visibilidad para desplegarla solo hay un paso.

Según datos de ONU Mujeres, solo 14,8% de países en el mundo están encabezados por mujeres, estimando el organismo que la paridad de género en altas esferas podrá tardar 130 años en alcanzarse. Más allá de la opinión que nos merezca el cargo y de las soluciones que, para lidiar entre tradición y modernización, decidan adoptar los países de acuerdo con su cultura y su régimen político, tal parece que habrá todavía primeras damas para rato.

Primera dama

Alvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad
Empresarial, ESE Business School,
U. de los Andes



La reinstauración de la figura de la primera dama, anunciada por José Antonio Kast, ha generado inmediatas críticas desde sectores del gobierno saliente y su órbita cultural. Irina Karamanos —expañeta del Presidente Boric— reapareció en escena para cuestionar la medida, añadiendo a una supuesta regresión institucional y a la perpetuación de roles que responderían a una visión conservadora del género.

Más que una reflexión política o un cuestionamiento estructural, estas reacciones revelan un gesto ideológico de profundo alcance: el afán de desmontar los símbolos que articulan nuestra vida social, especialmente aquellos vinculados a la familia, el matrimonio, la diferencia sexual y la trama relacional que sustenta lo político. Se trata, en última instancia, de una expresión más de la lógica deconstructiva que ha marcado a buena parte del progreso contemporáneo.

Al llegar a La Moneda, Karamanos no asumió el rol tradicional de primera dama. En su lugar, creó una "oficina Irina Karamanos", sin funciones definidas ni resultados concretos, que terminó desapareciendo sin mayor trascendencia. Más que una innovación institucional, aquel movimiento tuvo un carácter eminentemente simbólico: no pretendía actualizar una función republicana a los tiempos modernos, sino vaciarla de contenido. El propósito era claro: romper con la tradición, interrumpir la continuidad cultural, disolver un papel que encarna mucho más que un mero protocolo.

El rol de la primera dama representa una concepción del ser humano y la vida social basada en la complementariedad entre hombre y mujer, y en el valor de los vínculos estables. Lejos de implicar subordinación o jerarquía injustificada, la presencia pública de la esposa del jefe de Estado significa la dimensión relacional del poder y su arraigo en la vida concreta. Negar esa figura no es progreso, sino empobrecimiento antropológico.

Desde esta perspectiva, la crítica no se dirige solo contra una institución específica, sino contra los fundamentos culturales que sostienen nuestra convivencia: la familia tradicional, el matrimonio como vínculo fundante, y los símbolos que expresan permanencia y sentido compartido. Bajo el lenguaje de la inclusión y la fluidez, lo que se promueve es un modelo radicalmente individualista, desvinculado de toda forma estable de pertenencia.

El papel de la primera dama puede, sin duda, ser renovado según las exigencias del presente, pero negarlo de plano implica romper el lazo con nuestras raíces. No se trata de nostalgia, sino de reconocer que una democracia madura necesita símbolos que cohesionen, que representen continuidad y que humanicen lo institucional. Y pocos lo logran como la imagen de una mujer que, sin ejercer poder formal, participa activamente en la vida pública desde la solidez de su compromiso; no como apéndice, sino como presencia relevante y significativa.

LT latercera.com

Declaración de Intereses en
www.gruposopesi.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copiso S.A.

Atención a suscriptores
en su correo virtual
help@nuestrovirtual.latercera.com



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 76

SU OPINIÓN IMPORTA
Envíe sus opiniones al contenido o
cobertura del diario a:
lectores@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:
lt@nuestrovirtual.latercera.com
o: Avenida Apoquindo 4600, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos ajustados conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
discriminaciones. Las cartas recibidas no
serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Las elecciones del 2026

Javier Sajuria
Profesor de Ciencia Política
Queen Mary University



El 2026 no será un año electoral en Chile, lo que parece un alivio dado el frenesí que lleva el país desde el 2019. Asimismo, no será el súper año electoral que vivió el mayor número de contiendas a nivel mundial que se haya registrado. Sin embargo, a pesar del alto número de comicios, estamos ante uno de los momentos más críticos en el estado de la democracia mundial, al menos desde el fin de la Guerra Fría. Más allá de las dictaduras militares en nuestra región durante los 70 y 80, varios países del mundo vivieron retrocesos democráticos a manos de líderes de izquierda durante las últimas décadas. Sin embargo, la tendencia reciente más exitosa, tanto electoralmente como en la promoción del autoritarismo viene desde la ultraderecha. En ella confluyen líderes

con poco cariño a la democracia (léase a Andrius Piro o Cas Muddel) con adherentes que coinciden en sus tendencias autoritarias (véase el trabajo de Milán Svobík). Es por ello por lo que importa su estudio y, sobre todo, por qué importan dos elecciones trascendentes del 2026.

En EE.UU., tendrá lugar la elección de mitad de período, que renueva a toda la Cámara de Representantes y a un tercio del Senado. Esta es una elección donde le suele ir relativamente mal a los gobiernos de turno, y al menos hasta ahora, las encuestas sugieren que ocurrirá lo mismo con Trump. Su gobierno no solo se ha vuelto crecientemente impopular, sino que además ha perdido niveles de apoyo en su base más dura después del intrincado proceso para revelar los archivos de Jeffrey Epstein. Además, Trump ha ocupado su primer año para inundar el sistema con decretos que pasan por alto el control legislativo (¿se acuerdan de eso de que "el Congreso no es tan importante"?). En un país con extremo recelo de la acción estatal, muchos de sus adherentes ven estas acciones con desconfianza. Si bien la democracia estadounidense lleva un buen tiempo en declive, no es posible plantear que ha sucumbido. Lo que sí es posible decir es que está a cargo de un gobierno autoritario que ha hecho todo lo posible por saltarse la institucionalidad y que obedece a criterios racistas y ultraconservadores.

A eso se le suma el uso de la inmigración como chivo expiatorio (¿Les parece conocido ese cuento?). Las elecciones de mitad de período serán una prueba de fuego para saber si el electorado norteamericano ha caído bajo los embrujos autoritarios de la ultraderecha o no. Pero aún si es que al Partido Republicano le va mal, el daño que Trump le ha hecho a la institucionalidad es de difícil recuperación.

En Europa, veremos a uno de los principales líderes de la ultraderecha enfrentar una elección difícil. Fidesz, el partido de Viktor Orbán está más de 10 puntos por debajo de Tiszta, el partido de Peter Magyar. Fidesz partió como un partido de derecha moderada hasta que Orbán lo transformó en el niño símbolo de la ultra. Lo interesante es que su mayor oposición no viene desde la izquierda, sino que desde esa misma derecha tradicional que fue cooptada por Orbán durante años. Un triunfo de Magyar sería una señal potente de que la recuperación democrática puede venir desde la derecha, pero no de la que frecuentan los amigos de nuestro presidente electo. En un momento en que la democracia está bajo amenaza, es importante considerar cuáles son las principales posturas ideológicas que sostienen esa amenaza, y cuáles son las maneras en que la ciudadanía responde a líderes autoritarios. La democracia es mucho más que una elección, pero no existe sin ellas.